

## **Domingo 7º. Tiempo Ordinario. Año B**

### **Lectio divina sobre Mt 2,1-12**

---

La curación de un paralítico en Cafarnaún (Mc 2,1-12), uno entre los primeros milagros que realizó Jesús, fue la primera manifestación pública de su empeño en perdonar pecados. Jesús se arrogó un poder que corresponde sólo a Dios: curar podía hacerlo aquel a quien Dios se lo hubiera concedido; perdonar era oficio de Dios en Jesús, que no niega el presupuesto de sus antagonistas, realiza lo menos (*curar*) para dejar claro que puede mucho más (*perdonar*): promete lo que quiere. Algo muy de Dios actúa en él; tanto como para devolver la salvación más completa al hombre: combate en la raíz el mal que aqueja a los hombres.

Temprano se mostró, pues, Jesús tan divino: perdonó a un enfermo que no quería más que curación y sanó a un pecador como prueba fehaciente de que le había perdonado sus faltas. El paralítico no deseaba más que remedio a su inmovilidad corporal y Jesús le concedió, además, cuanto no había deseado. Si nos deja algo perplejos esta actitud de Jesús, porque no logramos que repita con nosotros lo que hizo en Cafarnaún, tendríamos que preguntarnos qué es lo que está fallando en nuestra forma de ser cristianos: ¿por qué la convivencia con Jesús no nos libra del mal que pervive en nosotros? ¿Por qué las veces, muchas ya, que nos hemos encontrado con él no nos ha conseguido mayor salud de alma y cuerpo?

---

**En aquel tiempo, <sup>1</sup>Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. <sup>2</sup>acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Él les proponía la palabra.**

**<sup>3</sup>Llegaron cuatro llevando un paralítico <sup>4</sup>y, como no podían meterlo, por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico.**

**<sup>5</sup>Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico:**

**«Hijo, tus pecados quedan perdonados.»**

**<sup>6</sup>Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros:**

**<sup>7</sup>«¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, fuera de Dios?»**

**<sup>8</sup>Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo:**

**«¿Por qué pensáis eso? <sup>9</sup>¿Qué es más fácil: decirle al paralítico "tus pecados quedan perdonados," o decirle "levántate, coge la camilla y echa a andar"? <sup>10</sup>Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados...»**

**[Entonces le dijo al paralítico: ]**

**<sup>11</sup>«Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.»**

**<sup>12</sup>Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo:**

**«Nunca hemos visto una cosa igual.»**

---

### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo**

El relato, que combina dos hechos diversos (Mc 2,3-5a.11-12: la sanación del paralítico; Mc 2,5b-10: el perdón de sus pecados), es un ejemplo de cómo se implanta el reino de Dios (Mc 1,15), la crónica paradigmática de lo que pasa cuando Dios se acerca en Jesús: enseñanza, curación, perdón. Adonde Dios llega, llega el hombre a su más completa recuperación. El Dios aceptado aporta más de cuanto se le pide, cura más allá de lo deseado, sana radicalmente.

Cuando es interrumpido, Jesús está predicando la palabra (Mc 2,2), esa buena noticia del Dios que se aproxima (Mc 1,15). Al cronista no le importa tanto lo que estaba diciendo, cuanto lo que va a hacer, pues Jesús evangeliza haciendo el bien, curando y perdonando: no pide acogida para Dios sin prestársela a sus oyentes.

A causa del gentío, el paralítico no tiene acceso a Jesús; los oyentes se lo impiden; pero sus ayudantes se ingenian, con tanta tozudez como inoportunidad, para llevarle hasta él a través del tejado. Nada anormal hay en que un enfermo tenga que recurrir a familiares o conocidos para llamar la atención de Jesús lo chocante es que Jesús descubra fe en ese esfuerzo, ingenioso y terco, de llevar al enfermo ante él: esos improvisados camilleros no se arredraron ante la dificultad y Jesús no pudo evitar atender al paralítico, al ser testigo de la confianza que depositaban en él. Jesús entiende lo no dicho, sabe leer lo que no se ha expresado: valora lo aún oculto. ¿Qué mal, nuestro o de los nuestros, podrá alejarnos de quien ve nuestra necesidad más allá de nuestros deseos?

Jesús no pide al enfermo previamente fe, ni le exhorta a tener confianza, como en otras ocasiones (Mc 6,50; 10,49). Ni siquiera constatará después que la tuvo (Mc 5,34; 10,52). De ahí que resulte aún más inesperada su promesa; él no vincula enfermedad con pecado como solían sus contemporáneos (cf. Jn 9,2-3); pero, a diferencia también de nuestros contemporáneos, ve en el pecado la raíz de la inmovilidad que sufre el paralítico: sin Dios no se camina por la vida con libertad. Y sorprende tanto a los enemigos como, seguramente, al beneficiario: quiere sanarlo en profundidad, librándole del pecado (Jn 5,14) de forma totalmente gratuita. Da lo que no se le pide, promete mucho

más de cuanto es deseado. La gracia que hace deja al descubierto la falta no advertida por el enfermo, al prometerle lo que no tiene. Él pensaba, a lo sumo, en sanar; Jesús quiere, sobre todo, perdonar.

En este momento entran en escena unos escribas, peritos en leyes, que en Marcos son oponentes tempranos de Jesús (Mc 1,22). Antes de que se pronuncien Jesús los desenmascara: lee sus pensamientos más íntimos. Desenmascara a los bienpensantes, que por defender a Dios y sus derechos, no salvan a su prójimo ni le tienen conmiseración. ¿No habría que preguntarse por qué expertos en la ley de Dios fueron quienes criticaron a Jesús y se desinteresaron de sus prójimos necesitados? Bien es verdad que Jesús no cuestionó sus motivos: perdonar pecados es oficio exclusivo de Dios (Ex 34,6-8; Is 43,25; 44,22); los hombres no tienen ni derecho ni el poder, no así el hijo del hombre, quien se atribuye ese derecho porque dispone de ese poder. Es la primera vez que Marcos utiliza la expresión *hijo del hombre* (cf. Dn 7,13). Jesús se arrogaría la autoridad de salvar al pecador; aquí su pretensión está sujeta a prueba: su poder es verificable, siempre que haga lo que dice. Su palabra realiza *en la tierra* lo que anuncia sobre ella. Ésos son sus poderes: no dice lo que desea ni manifiesta mera confianza en Dios; perdonando ejerce una autoridad divina.

Y el milagro ratificará lo afirmado: cumple lo más, realizando lo menos. Es más fácil prometer perdón que levantar paralíticos, porque sólo esto último es verificable. La maravilla entre los presentes se produjo no porque dijera que podía perdonar, sino porque hizo andar al paralítico. Y mientras tanto, el hombre, sanado y perdonado, no ha dicho una sola palabra: un paralítico andando es la prueba fehaciente del poder divino que Jesús ejerce en la tierra. La estupefacción está más que justificada: nadie obró así antes. ¿Sigue obrando Jesús así? ¿Qué le estará faltando para poder volver a asombrarnos?

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto dice a la vida*

Tras unas jornadas de enseñanza (Mc 1,21.29.32.35.39), Marcos inicia, de nuevo en Cafarnaún, una serie de controversias (Mc 2,1-3,6). El evangelio anunciado y practicado genera también polémica. El evangelizador ha de ser consciente de que la tarea a la que debe su vida produce, sin que él lo busque, recelo, divisiones y polémica: llevar a Dios a nuestros contemporáneos no significa necesariamente llevarse bien con todos. El evangelio es gracia ofertada, no servidumbre impuesta; de ahí que tanto evangelizados como evangelizadores tengan que optar, soportando las rupturas que imponga el rechazo del evangelio. A pesar de ello, quien evangeliza, como Jesús, evangeliza perdonando, aunque el perdón no sea deseado, incluso cuando es rechazado. Y no ha de considerarse casual que Jesús perdone por vez primera la primera vez que es cuestionado

¡Buenas razones para el escándalo tenían los bienpensantes que oyeron a Jesús perdonar los pecados en vez de curar al impedido! Pues perdonar es prerrogativa divina, mientras que sanar está a la alcance de los hombres. El caso es que Jesús se ve obligado a sanar para que puedan aceptar que tiene también poder de perdonar. La muchedumbre que acudía a Jesús para encontrar la salvación no ponía tanto reparo, hiciera Jesús lo que hiciera; pero también es verdad que no acudía para que se les perdonara los pecados sino para ser sanados. No siempre Jesús da lo que en él buscamos; pero nunca proporciona menos de lo que puede darnos. Encontrarse con Jesús, por mucho que lo necesitemos, puede ser siempre una maravilla imprevista: basta acercarse como somos, sin avergonzarse siquiera de nuestros males. Pero habrá que dejarle que intervenga como desee, para que se realice lo que no hubiéramos nosotros pedido ni siquiera imaginado. Jesús está interesado en curarnos más de cuanto nosotros deseamos.

Quizá, y por ahí deberíamos empezar a caer en la cuenta, nos esté fallando el apoyo de nuestra propia gente. El paralítico llegó a encontrarse con Jesús, porque todo el mundo le buscaba; a la noticia de que estaba entre ellos, respondió la muchedumbre agolpándose ante su casa y escuchando su mensaje. Nos resulta algo insólito el hecho de que todo un pueblo abandonara sus quehaceres por ir a ver a Jesús y oír su doctrina. Y es que, ciertamente, no es Cristo quien suscita hoy más entusiasmo, quien más masas mueve, ni siquiera de creyentes, entre cristianos. Difícilmente nos animaremos a buscar en Jesús la salvación de nuestros males si, a nuestro alrededor, no abundan quienes se interesan por Jesús.

Pero no habría que descargar toda responsabilidad sobre los que ya se preocupan por Jesús. El paralítico tuvo la suerte de estar entre quienes, por acudir ellos a Jesús, le pudieron llevar a su presencia; si no podía moverse él, pudo, al menos, quedarse entre los que iban a la búsqueda de Cristo. Y ése fue el inicio de su suerte. Podría haber sido una buena excusa para un paralítico: al no poder andar él, nadie le obligaba a ir al encuentro de Jesús. Pero de no haber ido, no habría resultado curado; hubiera tenido una buena razón., para seguir siendo un impedido.

Si eligiéramos mejor nuestros compañeros de camino, si los cristianos viviéramos nuestra vida junto a quienes comparten nuestra fe, nos resultaría más fácil encontrar a quienes, caso de no poder nosotros mismos, nos llevaran ante Jesús en cuanto lo necesitáramos. Si las personas que frecuentamos, si aquellos entre quienes mejor nos sentimos, no nos hacen frecuentar a Dios ni consiguen hacernos sentir mejores, ¿qué beneficio nos reportan? Quien sabe que lo más importante de su vida es su Dios, sabe renunciar a todo lo que de Él lo separe. Si seguimos necesitando de Cristo, para que perdonándonos nos sane interiormente, seguimos necesitando de todo aquel que está dispuesto a dejar lo que tiene entre manos para ocuparse sólo en Cristo Jesús.

Entre quienes se acercaron a Jesús hubo unos cuantos que se acordaron de llevarle al enfermo. Y supieron encontrar el modo de llegar hasta Cristo, con no pequeño esfuerzo y gran maña: se libraron de la gente agolpada a la puerta, descolgando al paralítico por el techo. Antes de que pudieran expresar una petición, Jesús se adelantó, viendo su ingeniosa

fe, y aseguró al paralítico el perdón de sus pecados. No era, precisamente, eso lo que buscaban; se hubieran conformado con bastante menos; si llevaban un enfermo a Jesús era para que lo curase; los cuatro que llevaron al paralítico, a pesar de su innegable fe, tuvieron que defraudarse de que Jesús quisiera perdonar a un enfermo que buscaba sólo sanación de su mal. Por darle más de cuanto pedían, no entendieron a Jesús.

Y es que, a veces, Jesús suele despistar a quien, buscándole por un motivo concreto, recibe aún más de cuanto se hubiera atrevido a soñar. Como el paralítico, vamos con frecuencia a Dios, cuando nos decidimos a ir a Él, con necesidades muy importantes para nosotros, pero poco significativas para Él. Y cuando nos concede lo que no esperábamos, porque o no nos habíamos atrevido a pedir o no lo creíamos tan necesario, nos causa una cierta incomodidad. La generosidad de Dios con cuantos le buscan es mayor que la necesidad que nos hace ir en su búsqueda. Y ello, quizá, nos impida gozar más de Dios, a pesar de nuestros evidentes fallos.

Los que iban tras Jesús, con el paralítico a cuestas, tenían una fe admirable; el mismo Jesús lo reconoció públicamente. Pero ni siquiera con esa fe lograron imaginarse lo que Cristo les daría; pedían sanación del cuerpo y obtuvieron perdón de los pecados. Y ahí está lo mejor de la historia. No importa los pecados con los que cargamos o los males que alimenta nuestra vida, si tenemos fe y nos ponemos en camino hacia Él, Jesús nos dará más de cuanto hubiéramos soñado, tanto que nos dejará atónitos. Si nuestros males, físicos o espirituales, no son óbice para acercarse a Jesús, si se va a fijar más en la confianza que le tenemos que en lo malo que somos, no hay razón para demorar nuestro encuentro con Él. No se dejará ganar Dios nunca en generosidad para con quien le busca con fe.

Somos tan ruines que la generosidad, incluso la divina, nos escandaliza; como no sabemos ser magnánimos con los demás, sospechamos de quien pretenda serlo con nosotros. Aunque sea Dios. Y cuantos oyeron que Jesús perdonó los pecados del paralítico, murmuraron en contra: sólo Dios perdona los pecados y quien se arrogue tal poder es un embaucador. En realidad, creían que era más fácil hablar de perdón que hablar de curación; para evitar quedar en ridículo, Jesús habría dicho lo del perdón, que nadie podía comprobar, rehusando curar al paralítico, de lo que todos serían testigos. En el fondo, porque esos pobres hombres, sabios en leyes e ignorantes en Dios, no podían creerse que Jesús fuera tan bueno, le negaban el poder que tenía. Sólo para convencerles de que podía perdonar al paralítico, sanarlo de raíz curando su alma, curó su cuerpo y lo mandó a casa, libre de su camilla y de sus pecados.

La lección es obvia. Nos falta fe, y nos sobran males, para poder presentarnos ante Jesús y suscitar su piedad; aunque no nos concediere lo que nos ha llevado hasta él, no desesperemos de su bondad. Seguro que, como el paralítico, regresaremos a casa más libres de impedimentos y liberados totalmente de nuestros males. Bien sabe Dios lo que nos hace más falta; y por mucho que nos falten los bienes que echamos de menos y que nos motivan que lo busquemos, permitámonle que nos dé cuanto quiere: siempre será más de cuanto pedimos y mucho mejor de lo que pensábamos. Y si para acudir a Dios y encontrarnos con su acogida sólo se fija en nuestra fe, no en nuestros males, nada nos impide que vayamos a su encuentro. Y si no nos confiamos mucho nosotros, pidamos a quien comparte con nosotros vida de fe que nos hagan el favor de acercarnos a Él. No le importó al paralítico que le llevaran otros o que le descolgaran por un techo: le importaba llegar a Jesús. ¿A qué vienen, pues, nuestros temores? ¿O es que nos sentimos ya bien sin estar perdonados y curados?